

EL MITO DE LAS LOCOMOTORAS

Guillermo de la Dehesa

Presidente del Consejo Superior

de Cámaras de Comercio y

Consejero Delegado del Banco Pastor

A lo largo de estos años de recesión se escuchan una y otra vez tanto en España como en Europa alusiones, esperanzadas, a la llamada "teoría de las locomotoras". En España, portavoces económicos oficiales dicen que las perspectivas de la economía española son mejores ya que, hay indicios de recuperación de la economía norteamericana, de la japonesa o de la inglesa. En Europa oímos algún comisario europeo decir que el final de la recesión está más cerca, ya que las economías de Estados Unidos y de Japón están empezando a reactivarse.

La "teoría de las locomotoras" se basa en el siguiente argumento: Existen tres economías que tienen un peso relativo muy importante en la economía mundial, Estados Unidos (el 24% del PIB mundial), Japón (el 13%) y Alemania (el 9%), y que actúan de locomotoras del resto del mundo. Por ejemplo, cuando Estados Unidos estimula monetaria o fiscalmente su economía, su demanda interna crece y hace que importe más bienes y servicios de la CE, de Japón y del resto del mundo. El consiguiente aumento de la exportación de estas últimas zonas a Estados Unidos estimula sus economías que a su vez importan más de Estados Unidos y del resto del mundo y se inicia así una segunda oleada expansionista, etc. Es decir, esta teoría se basa en la existencia de un efecto multiplicador del comercio exterior.

Este argumento tiene también su reflejo en la balanza de capitales y de servicios locales. Si Estados Unidos crece más rápido y tiene más renta, los americanos no sólo comprarán más de Europa sino que invertirán también más en los países europeos creando más empleo y producción y viajarán más a Europa como turistas consumiendo directamente más bienes servicios europeos. Todo ello tenderá a reanimar, en mayor medida la economía europea, ahora tan deprimida.

El argumento, en principio, es impecable y parece estar perfectamente contrastado por la experiencia real. Los problemas surgen cuando se intenta cuantificar la importancia del "efecto locomotora" y se observa que dicho efecto tiene muy poca importancia, como ha señalado, acertadamente, Paul Krugman en un reciente artículo sobre lo que debe y lo que no debe coordinar el G7.

Tomemos un ejemplo para Europa y otro para España. La Comunidad Europea exporta solamente un 2% de su producto

interior bruto a Estados Unidos y un 1% a Japón. Esta afirmación puede parecer chocante a primera vista pero la realidad es que las economías americana, japonesa y Comunitaria son muy cerradas. Entre 1960 y 1990 Estados Unidos sólo ha exportado, en media, el 7% del total de los bienes y servicios que ha producido y Japón un poco más, el 11%. La Comunidad Europea ha conseguido, a través del proceso integrador, que sus países miembros sean las economías más abiertas del mundo, pero comercian mucho más entre ellos mismos que con el resto del mundo, prueba de ello es que, en el mismo período de 30 años, la CE ha exportado, de media, al resto del mundo, solamente, el 8% de lo que ha producido. Es decir, que Europa es una economía muy abierta desde el punto de vista intracomunitario, ya que para dicho período las exportaciones intracomunitarias de bienes y servicios representan el 24% del producto total, pero muy cerrada desde el punto de vista extracomunitario, ya que, sólo exporta al exterior el 8% de lo que produce, un poco más que Estados Unidos y bastante menos que Japón.

Supongamos ahora que Estados Unidos haga de locomotora y crezca el 3,2%, que es lo que ha crecido, como media anual, entre 1960 y 1990 (y que es lo que probablemente va a crecer este año de 1993). Supongamos, por otro lado, que la elasticidad renta de sus importaciones sea 2, es decir, que por cada punto porcentual que crece su PIB crecen dos puntos porcentuales sus importaciones, que es lo normal en un país industrializado.

Si crece el 3,2% aumentará sus importaciones de la CE en un 6,4%, pero como esas importaciones representan sólo el 2% del PIB de la CE, el estímulo directo final para la economía de la CE es sólo del 0,13% del PIB comunitario. Si aplicamos el mismo argumento y los mismos supuestos para Japón, que creció de media el 6,3% anual en los 30 años pasados, el estímulo final directo para la economía de la Comunidad será sólo del 0,12% del PIB comunitario. Es decir, un impacto mínimo y similar en ambos casos.

Si dejamos el comercio de bienes y servicios y pasamos a la cuenta de capital, se puede intentar argumentar que como los capitales son mucho más móviles que las mercancías y los servicios, sus movimientos pueden tener un efecto multiplicador mayor que el del comercio, pero en realidad no es así ya que depende del régimen de tipos de cambio que exista entre los países o zonas señaladas. Si los tipos de cambio son flexibles entre Estados Unidos, la CE y Japón, como lo son en realidad, la alta movilidad del capital puede ser negativa e incluso reducir el pequeño "efecto locomotora" del comercio señalado más arriba.

Si Estados Unidos lleva a cabo una expansión monetaria los tipos de interés bajarán y el dólar se depreciará debido a que, dada la alta movilidad del capital, éste se desplazará desde el dólar a otras monedas. Esta depreciación del dólar hará que los productos americanos sean más competitivos y Estados Unidos

exporte más y, al mismo tiempo, que importe menos y, por tanto, que se reduzcan los estimulantes efectos de su expansión en Europa ya que, las exportaciones europeas serán más caras en términos de dólares y la mayor parte de la expansión americana se gastará en bienes y servicios americanos y no en los que se importan de Europa.

Pero ¿qué pasa entonces con la inversión directa que puede formar parte de esas salidas de capital de Estados Unidos y que suele tener un efecto estimulador de las economías donde acude?. Las decisiones de inversión directa están más ligadas a los aspectos microeconómicos que a los macroeconómicos ya que, se trata de decisiones de inversión empresarial a largo plazo, alejadas de la coyuntura puntual de cada país (suponiendo, claro está, que se trate de países estables, económica y políticamente). Por tanto, puede ocurrir que la inversión directa no aumente en la misma proporción que dicha expansión e incluso que, como parece más lógico, se concentre en el mercado doméstico americano, que es el que está creciendo más y es más competitivo en precios. En definitiva, la alta movilidad del capital puede reducir el efecto locomotora.

Si aplicamos ahora estos ejemplos a España, veremos que, la economía española se ve poco afectada, directamente, por lo que ocurra en Estados Unidos o Japón pero es más sensible al crecimiento de algunos países europeos.

España exporta solamente el 0,8% de su PIB a Estados Unidos y el 0,15% a Japón. Es decir, aunque parezca mentira, exporta más a Holanda que a Estados Unidos y más a Grecia que a Japón. De ahí que, el ejercicio realizado más arriba, sobre idénticos supuestos, daría un estímulo al PIB español del 0,05% en el caso de la expansión de Estados Unidos y del 0,02% en el caso de la expansión japonesa. Algo es algo, pero es muy poco, incluso si computásemos el efecto inducido a través de su impacto en el resto de los países de la Comunidad Europea.

Otro caso diferente es el efecto directo que una expansión de Alemania o Francia puede tener sobre la economía española. Si Alemania y Francia crecieran este año al 3,1% y al 3,7%, que han sido sus crecimientos anuales medios de los últimos 30 años, suponiendo también unas elasticidades renta de sus importaciones de 2, importarían de España un 6,2% y 7,4%, respectivamente. Como España exporta, en bienes y servicios, aproximadamente un 2,2% de su PIB a Alemania y un 3,0% de su PIB a Francia, el estímulo directo sobre el PIB español sería del 0,13% y del 0,22%, respectivamente. Si añadiésemos, en el ejemplo, a Italia y el Reino Unido la cifra podría superar el 0,5% del PIB español, lo cual ya es más importante.

Además, en este caso, la relación entre las monedas de estos cinco países miembros del SME, aunque haya sufrido fuertes variaciones en el pasado reciente, tiende a mantenerse más estable con lo que el impacto comercial tendería a ser mayor que entre Japón, Estados Unidos y Europa.

A pesar de este impacto directo, relativamente mayor, del crecimiento europeo en nuestra economía, cuando se observa en conjunto, tampoco es decisivo. Si todos los países miembros del G7 crecieran hoy a sus tasas medias históricas, la economía española en lugar de crecer negativamente entre un -0,8% y un -1,0%, de acuerdo con las distintas previsiones que se manejan para 1993, seguiría teniendo un crecimiento negativo de entre un -0,2% y un -0,4%, lo que es sin duda una ayuda, pero no decisiva. Se preguntará el lector porqué entonces, en este año 1993, el impulso en nuestra economía proveniente del exterior va a ser de 2 puntos, es decir, mucho mayor de los 0,6 puntos que se están manejando más arriba. La razón estriba en que, no sólo se está dando un aumento de nuestra exportación, sino también una fuerte caída de nuestras importaciones, todo ello consecuencia de la recesión interna y de la fuerte devaluación de la peseta que ha hecho más competitivos nuestros productos y servicios tanto en España como en el resto del mundo. En este caso la alta movilidad del capital ha ayudado, finalmente, a la depreciación de nuestra moneda y a que seamos más competitivos, por lo menos temporalmente.

Sin embargo, la conclusión que quiero dejar con el lector es que aunque una ayuda externa, proveniente de las llamadas "locomotoras", nunca viene mal, la clave de nuestro crecimiento está en lo que hagamos nosotros mismos. Si España creciese a su tasa anual media de los últimos 30 años, es decir al 4,5%, el estímulo directo de las llamadas locomotoras representaría sólo un 14% aproximadamente, de ese crecimiento, el restante 86% aproximadamente, tendría que provenir de nuestra propia demanda interna de consumo e inversión. Es decir, en última instancia, nuestro crecimiento a largo plazo va a depender de lo que los españoles trabajemos, produzcamos, ahorremos e invirtamos en educación, formación, investigación y desarrollo e infraestructuras.

Por mucho estímulo expansivo y ahorro que intentemos captar del exterior, siempre será relativamente marginal para nuestro proceso global de crecimiento a largo plazo como ya demostraron, hace tiempo, Martin Feldstein y Charles Horioka. Esto no significa que no haya que fomentar la apertura de nuestra economía, que es vital a largo plazo, ya que es la verdadera prueba de que somos competitivos, pero este será un proceso lento y complejo, que aún requerirá una mayor reestructuración y especialización de nuestro aparato productivo.

En definitiva, cada palo debe aguantar su vela, como dice el refrán, independientemente de que el viento nos haga avanzar más o menos, pero, además, hay que estar preparado a sacar los remos y a remar con fuerza si hay calma chicha o viento en contra, como está ocurriendo hoy en los mares europeos.

Madrid, 9 de noviembre de 1993.